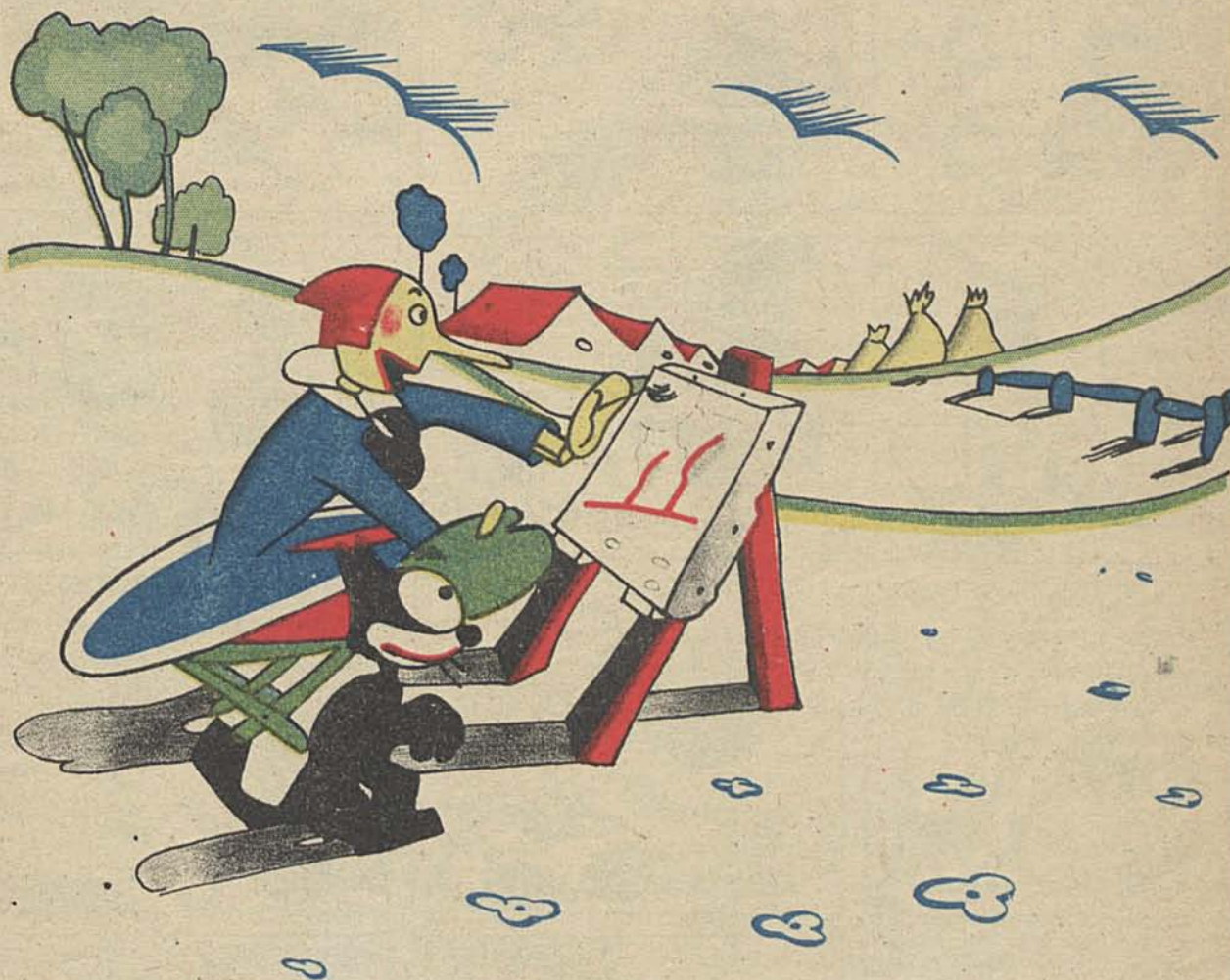


PINOCHO

AÑO VII
NUM. 323

25 cts

26. ABRIL
1931

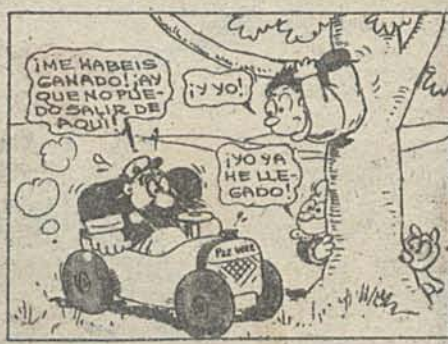


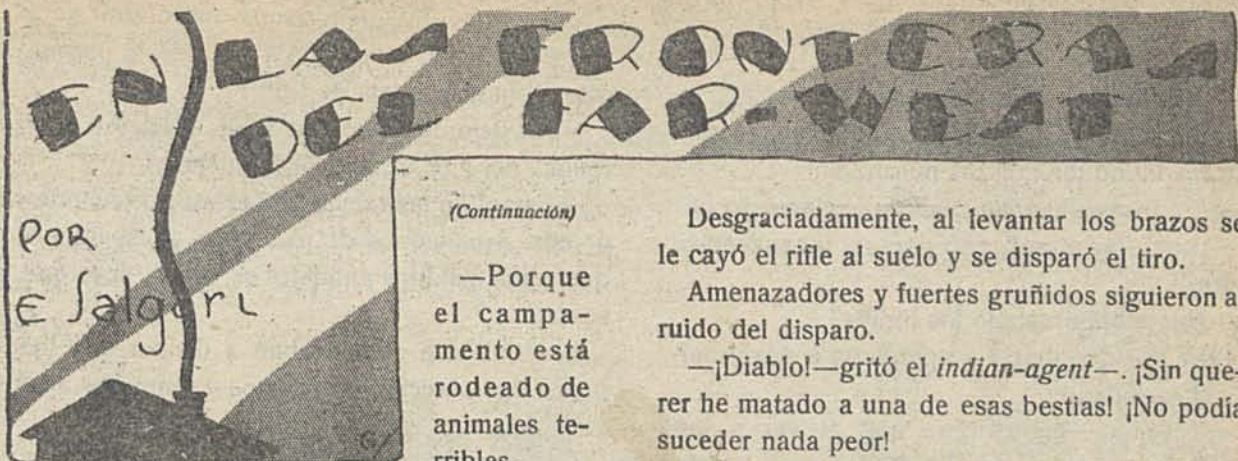
- ¿PINOCHO; QUIEN TE HA ENSEÑADO A PINTAR?
- ¡NADIE!
- ¿ENTONCES, COMO LO HACES TAN BIEN?
- ¡PORQUE PARA ESTO ME PINTO SOLO!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: 5, SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRIPCION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





—¿No hay hombres?
—¡No, no!—respondió vivamente la niña.
—¿Osos acaso?
—Me parecieron *maialis*.
—¡Cuernos de bisontes!—exclamó el *indian-agent*—. ¡Ya sé de qué se trata! ¡Camaradas, busquemos en seguida un árbol, si no queréis dejar las ropas y las carnes entre las garras de los *pecaris*! Os recomiendo que no hagáis fuego. Si se irritan, nadie será capaz de contenerles.

—¡Los *pecaris*!—exclamaron, perdiendo el color, los dos cazadores.

Entre las altas hierbas comenzaban a oírse gruñidos, cada vez más agudos y frecuentes.

—¡Corramos!—gritó John.

Los tres aventureros se lanzaron a carrera desenfrenada hacia una pequeña altura, en la cual había varios frondosos árboles.

Minnehaha les seguía con la agilidad de una gacela.

Parecía que los *pecaris* se habían dado cuenta de la fuga de los hombres, porque a su vez echaron a correr, más bien atraídos por la curiosidad que por otra cosa, pues no son animales carnívoros ni peligrosos cuando no están irritados.

En este caso, son terribles. La obstinación que ponen en vengarse es verdaderamente tenaz.

Viendo John cerca de sí un cedro colosal, de cuyas ramas pendían festones de lianas, agarró a Minnehaha y la puso en lo alto, diciéndola:

—¡Arriba en seguida!

(Continuación)

—Porque el campamento está rodeado de animales terribles.

Desgraciadamente, al levantar los brazos se le cayó el rifle al suelo y se disparó el tiro.

Amenazadores y fuertes gruñidos siguieron al ruido del disparo.

—¡Diablo!—gritó el *indian-agent*—. ¡Sin querer he matado a una de esas bestias! ¡No podía suceder nada peor!

—¡Harris, Jorge, subid, o sois perdidos!

Los dos cazadores conocían demasiado bien las costumbres de los *pecaris* y su terrible ferocidad.

De un salto se agarraron a las lianas, y prontamente se pusieron en salvo en las ramas del cedro. El *indian-agent* les había precedido después de coger su carabina.

En cuanto a Minnehaha, debía de estar ya en las más altas ramas del árbol.

Era tiempo. Los *pecaris* acudían de todas partes, gruñendo rabiosamente y destrozando las plantas que rodeaban al cedro, en cuyo enorme tronco arañaban con furia.

Su afán por vengar al compañero a quien la bala del gigante había muerto, rayaba en locura.

—¡Sólo nos faltaban estos animales para retardar más aún este eterno viaje!—dijo Harris, que se había subido a una rama de seis metros de alto.

—¿Y el *gambusino*?—preguntó Jorge.

—Eso mismo me preguntaba yo en este momento—dijo John—. ¿Qué le habrá ocurrido a ese desgraciado?

—¿Dormirá todavía?—preguntó Harris.

—No; los disparos le hubieran despertado—contestó el *indian-agent*.

—Se habrá puesto en salvo con su caballo—añadió Harris.

—¡Su caballo!—dijo el *indian-agent*—. Yo no le he visto huir.

—¡Imposible!

—Te repito que no le he visto. Los caballos

que huyeron fueron tres: los nuestros. Mi vista no me engaña.

—¡Eso que dices es grave, John!

—Yo digo lo que he visto. El caballo del *gambusino* no iba con los nuestros.

—Entonces, el *gambusino*...—exclamó Jorge.

—¡Aquí hay un misterio para mí inexplicable!—dijo John.

—¿Le habrán matado los indios?

—¿Y por qué iban a respetarnos a nosotros?

—¡Es verdad!

—Yo creo—dijo Jorge—que al ver a los *pecaris* se puso en salvo a caballo.

—Eso me parece inverosímil—dijo Harris—. Nos hubiera advertido el peligro.

—Sea lo que sea—añadió John—, en este momento será mejor que nos cuidemos de nosotros.

—¡Temo que estos *pecaris* nos den mucho que hacer! Y creo que son muchos.

—Van siempre en grandes manadas, casi siempre de trescientas a cuatrocientas cabezas. ¡Y yo sólo dispondré de una docena de tiros!

—Como yo, poco más o menos—dijo Jorge.

—¿Y tendrán el propósito de asediarnos?

—Exactamente, amigo—respondió John—. Una vez me obligaron a estar a mí tres días en un árbol.

—¡Veamos lo que hacen!—dijo Harris—. Tal vez se vayan antes de que amanezca.

Los tres aventureros miraron hacia abajo.

La oscuridad y la espesura de las ramas no les permitían contar el número de los sitiadores; pero por sus gruñidos comprendieron que se trataba de una banda numerosa.

Los peligrosos animales debían de haber notado que los cazadores se habían refugiado en lo alto del árbol, pues se llamaban unos a otros, estrechando sus filas en torno de aquél.

—¿Qué dices a esto, John?

—Que estamos presos.

—¡Yo voy a ver si mato alguno!

—No conseguirías más que irritarles mayormente. Además, debemos reservar las municiones. Los indios pueden encontrarse más cerca de lo que imaginas.

—¿De modo que tendremos que dormir aquí y que alimentarnos con hojas de cedro, porque este árbol ni siquiera da fruto?

—No dejo de pensar en la desaparición misteriosa del *gambusino*. ¿Y Minnehaha?

—Estará en las ramas más altas; no te cuides de ella. Armémonos de paciencia, y esperemos que estos malditos animales se vayan, si es que se van.

Las tinieblas comenzaban a disiparse, y los *pecaris* no parecían dispuestos a renunciar a su venganza.

Ya avanzaban con rapidez las luces del alba, anunciando la aparición del astro del día, y entonces pudieron distinguir que los animales no bajarían de trescientos, armados de largas y afiladas uñas, y, lo que era peor, parecían presa de una cólera violenta.

Después de haber devastado todas las plantas que había por allí, arremetieron ferozmente contra el tronco de árbol, probando en su dura corteza la resistencia de sus dientes.

Tiempo perdido, porque ni un elefante hubiera sido capaz de conmovérlos siquiera aquel tronco robustísimo.

Mientras una gran parte de los asaltantes se plantaban en semicírculo alrededor del árbol para hacer centinela, otros fueron en busca de su almuerzo, que lo tenían muy cerca, y consistió en gruesas piñas cargadas de exquisitos piñones.

Las habían cogido de un grupo de *pinus lambertina* que crecían allí mismo, árboles que alcanzan doscientos o trescientos pies de altura, siendo su fruto de medio metro de largo y bien cargado de piñones.

—¡Ved a lo que estamos reducidos!—dijo Harris—. ¡A envidiar a esos malditos bichos! ¡Me daría por muy satisfecho si siquiera pudiera tomar parte en su festín!

—Pues no tienes más que bajar y ponerte a comer piñones—dijo John—. ¿Por qué han de ser sólo para los *pecaris*?

—Probad vos antes.

(Continuará en el próximo número).

ANITA BUEN- CORAZÓN



¡HOLA, SIMPÁTICOS AMIGOS; PARECE QUE TENÉIS CARA DE SATISFACCIÓN! ¿A QUÉ ES DEBIDO?



¡AY! ¿QUE MEMORIA LA MIA! ¿SI ME PARECE QUE HOY ES VUESTRA FIESTA ANUAL!



¡EFECTIVAMENTE, HOY ES EL DÍA DE SAN ANTON, PATRÓN DE TODOS LOS ANIMALES!



¡VOSOTROS SOIS MAS LISTOS QUE VUESTROS CONGÈNERES! ¡VAYA MEMORIA QUE TENÉIS DE UN AÑO PARA OTRO!



¡VAMOS A PEDIR AL PADRINO ALGUNA COSA PARA SOLEMNIZAR EL DÍA DE VUESTRO SANTO!



¡PADRINO, AQUÍ VENGO EN REPRESENTACIÓN DE PELUCHO Y TRAGANUECES.....



.... A PEDIRTE UNA COSA PARA ELLOS!

¡TÚ DIRÁS!



¡HOY ES SAN ANTON, PATRÓN DE ELLOS, Y QUISIERA OBSEQUIARLOS CON ALGUNA COSA!



¡ME PARECE MUY BIEN QUE CUMPLAS CON ELLOS, PORQUE SON MUY FIELES PARA TI!



¡TOMA ESTA CAJA DE DULCES Y BOMBOHES PARA QUE SE LOS REPARTAS!



¡GRACIAS EN NOMBRE SUYO!



¡QUÉ BUEN CORAZÓN TIENE ANITA! ¡NOME EXTRAÑA QUE HASTA LOS ANIMALITOS LA TOMEN SIMPATIA Y CARINO!



La isla de los monos

por E. Salgarí

(Continuación)

se había marchado con las dos lanchas sin haberme despertado. Aquello, o había sido un olvido demasiado inexplicable o me habían dejado solo a bordo y a la ventura por ser muy pequeñas las lanchas y no poder salvarnos a todos. Yo no he podido averiguar nunca el por qué me abandonaron.

Aquella conducta y el estado de soledad me produjeron una impresión tan fuerte que no pude contener el llanto.

Me creí perdido. A bordo no quedaba lancha ninguna y el buque se iba hundiendo. El agua lamía ya casi las bordas de la popa y dentro de algunas horas penetraría por la bodega yendo a pique el velero.

No debía perder ni un solo momento si quería salvarme y por eso, pasado el primer momento de angustia puse manos a la obra animosamente para construirme una balsa.

No me faltaban maderas. En la toldilla había mástiles y penoles, cajas, barriles y cuerdas en gran cantidad. En menos de media hora eché al agua todos esos fragmentos y construí con ellos, como mejor pude, una pequeña balsa atándolos entre sí con las cuerdas usadas en las maniobras.

Pude también recoger una caja de bizcocho, algo de carne fiambre, una barrica de agua y un fusil que habían dejado olvidado los portugueses. Apenas me hube embarcado cuando oí tras mí un fuerte fragor.

El agua había rebasado ya los bordes de la cubierta y entraba formando torbellinos en la cueva y corredores como un torrente impetuoso.

La nave se hundía rápidamente bajo tan ingente peso. Se balanceaba en grandes tumbos de un costado hacia el otro como si estuviese bajo la acción de una fuerte tempestad y crujía lúgubramente.

Diríase que se quejaba. Poco a poco el agua alcanzó ya la altura de la cubierta, invadió el puente, luego el castillo, osciló por última vez y al fin se sumergió bruscamente formando un remolino espumeante.

En la superficie del agua no quedó luego más que unos cuantos leños, restos de penoles, de mástiles y de maderos de





la obra muerta. Mi balsa, mientras tanto, impulsada por una ligera brisa se alejaba hacia el Oriente.

Sabía que las islas debían hallarse por aquella dirección y dejé que el viento me fuese llevando a ellas.

La pequeña vela que había instalado valiéndome de un penol puesto verticalmente en medio de la balsa me hacía muy buen servicio; mis brazos eran más que suficientes para manejarla.

Por espacio de tres días pude seguir navegando en aquella dirección y al atardecer del cuarto vi dibujarse en el horizonte una faja de tierra, una isla seguramente.

Durante la noche estuve bordeando unos cuantos escollos que se interponían entre el mar y las playas sirviéndolas de reparo, y al rayar el alba, habiendo encontrado un paso libre, desembarqué.

¿Dónde me encontraba? Imposible me era saberlo.

Até mi balsa a un peñasco de la escollera, desembarqué mis víveres, ya escasos, y tomando mi fusil me interné en seguida en un bosquecillo formado de cocoteros y palmeras de varias clases y poblado por miriadas de pajarillos multicolores.

Aquella primera exploración no me enteró de nada nuevo. No pude divisar ni una cabaña, ni un solo habitante, así que pensé en seguida que aquella era una isla desierta.

Faltando de allí los hombres, podía estar, en cambio, habitada por fieras peligrosas. Yo había oído decir que en algunas islas del Océano Índico también se hallaban leopardos y tigres, así que debía mantenerme en guardia si no quería ser devorado.

Con los trozos de mi balsa me construí primero una especie de choza o cabaña suficientemente capaz para tenerme de pie; después construí con espinos un seto a fin de resguardarme algo contra las fieras.

Por el momento aquello podía bastarme, más tarde determinaría al fin procurarme un asilo más cómodo y seguro.

Durante algunos días me mantuve siempre próximo a la orilla limitándome a recorrer las lindes del bosque para proveerme de bananas, cocos y otras frutas que crecían allí con abundancia y sin cultivo.

Algunas semanas después, sintiendo necesidad de procurarme un poco de carne me atreví a internarme algo más en el corazón de la isla.

Apenas había recorrido alguna milla, cuando me encontré al margen de una laguna cuyas orillas estaban pobladas por millares y millares de monos.

Había allí monos de todas las especies: *cercopitecos*, mandriles, babuinos, *semnopitecos násicos*, gorilas, chimpancés.

Quedé como petrificado. ¿Qué hacían allí tantos monos en torno a la laguna?

Mi primer impulso fué retroceder inmediatamente, pero cuando intenté la retirada fué ya imposible.

Una caterva de mandriles de feroz aspecto me cerró el paso obligándome a dirigirme hacia el lago.

En un instante se habían percatado, además, de mi presencia todos los demás monos y formaron ante mi un amplio semicírculo cuyo aspecto era poco tranquilizador.

Todos aquellos cuadrumanos no separaban de mí sus miradas y parecían espiar mis menores movimientos.

Probé alzar el brazo derecho y vi que inmediatamente se alzaban de igual modo miles de brazos que ejecutaron el movimiento con precisión automática.

Elevé el brazo izquierdo y ¡he aquí! que todos los monos me imitaban.

Comence a bailar una tarantela.

¡Que espectáculo más curioso el de entonces! Diez mil monos bailaban siguiendo todos mis movimientos con una fuerza tan endiablada que no pude contener una explosión de risa.

Las risotadas que salieron después de todas aquellas bocas fueron tan formidables que a poco no quedo sordo.

(Continuad.)





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



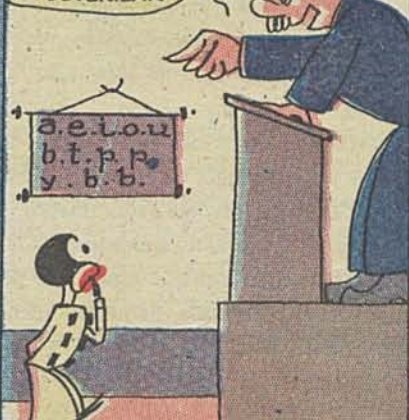
(LA VOZ DEL TELÉFONO) OIGA, DON TURU AQUÍ EL MAESTRO DE CURRINCHE QUE TIENE EL SENTIMIENTO DE PARTICIPARLE QUE EL INTERFECTO NO ESTUDIA UNA PALABRA



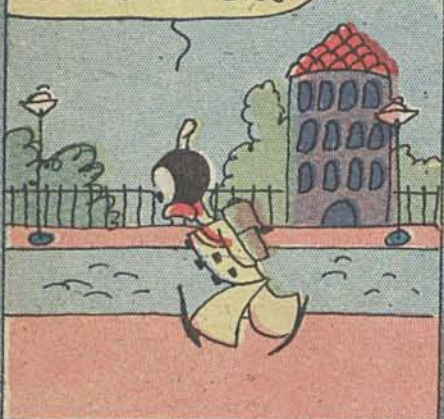
PUES DÍGALE A ESE INTERFECTO QUE EN CUANTO VENGA LO VOY A PULVERIZAR ¡ESTO YA PASA DE CASTAÑO OS CURO!



SEÑOR CURRINCHE: ACABA DE TELEFONEARME DON TURU ANUNCIÁNDOME QUE EN CUANTO LLEGUE USTED A CASA LO VAN A PULVERIZAR



¡CUALQUIERA SE ACERCA POR CASA CON ESA NOTICIA! IRÉ ANTES A VER A DON EPICETO PARA QUE SE ENTRE- VISTE CON DON TURU Y LE APA- CIGÜE LOS ÍMPETUS



SOY MUY DESGRACIADÍSIMO, DON EPI- CETO. IMAGÍNESE QUE EN CUANTO LLEGUEA CASA ME DAN UN GARRO- TAZO ET IN PULVIS TE REVERTE- RIS



NO SERÁ TANTO, HOMBRE. SEGURAMENTE QUE NO PASA RA DEL GARROTAZO

BUENO, POLLO, NO TE PREOCUPES QUE AHORA MISMO VOY A VER A DON TU RU Y PARARÉ EL GOLPE. LOS AMI- GOS SON PARA LAS OCASIONES ¡QUÉ CARAMBA!



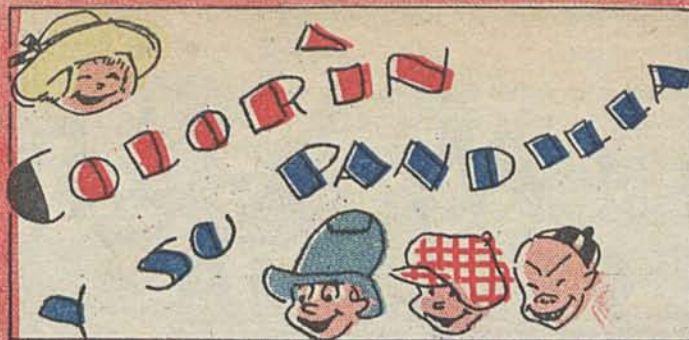
TIENE USTED UN CO- RAZÓN QUE ES UN MERENGUE

NO, NO PUEDE SER QUE YO CON- SIENTA QUE A UN NEGRO TAN SIMPÁTICO LO PULVERICEN DE UN ESTACAZO. VOY CORRIENDO A HABLAR CON DON TURU ¡QUÉ CARAPE!



¡YA SUBE ESE NEGRO POR LA ESCA- LERA! ¡YA OIGO SUS PASOS! ¡Y TO- DAVIA TIENE LA POCA VERGÜENZA DE VENIR SILBANDO!





DON KATITE



CUENTOS DE CALLEJA

Castillo

VAYA CON EL DIABLO



tierra.

Las calderas de Pedro Botero yacían colgadas, y apenas si un par de almas se freían como buñuelos en una sartén tan chica, que era la desesperación de Lucifer.

Satanás comenzó a pensar, sin darse punto de reposo, en la manera de aumentar sus entradas.

Por fin, tras de mucho pensar, imaginó un proyecto, y yéndose al cocinero infernal, le dijo:

—A ver si preparas un buen banquete para mañana; ¡pero que sea opíparo!

Se daba en el infierno un banquete monstruo para conmemorar no sé qué fausto suceso.

Inmensas calderas puestas boca abajo y unidas entre sí formaban la mesa, y sobre ella humeaban los manjares más raros y estrambóticos: perdices con salsa de pez hirviendo, faisanes en galantina de plomo derretido, salmón a la mayonesa de azufre en fusión; tales eran los platos principales de aquel diabólico menú, cuyos apetitosos entremeses eran víboras y escorpiones vivitos y coleando, y los postres no menos originales y variados.

Sólo faltaban los helados, por ser imposible fabricarlos en el infierno.

Presidía la fiesta el propio Satanás, el de los dorados cuernos, cabruna barba y uñas de usurero, y a su lado estaban hasta diez mil entre diablos y diablillos, que engullían sin chistar hasta los platos de hierro.

A los postres levantóse Satanás y habló de esta manera:

—Ya sabéis la cruda guerra que nos hace el Cielo para quitarnos almas que contábamos por nuestras, y si esto continúa, dentro de poco nuestras calderas no van a servir más que para hacer buñuelos, y nuestros pinchos para mondadientes. He pensado visitar a mi antiguo amo y crear otros hombres a

imagen de los que pueblan la tierra; les daré desde luego un alma a mi gusto para que me adoren y reverencien. Esto de cazar almas ajenas va siendo oficio de primos. ¿Qué os parece?

Una salva de aplausos hizo estremecer las cóncavas techumbres del infierno.

Tan buena pareció la idea, que todos los diablillos se pusieron a bailar como desesperados, en señal de regocijo y alegría.

En el acto trajeron una artesa llena de barro, y Satanás, quitándose el frac y poniéndose un delantal para no mancharse, comenzó a modelar una figura humana.

Todos los diablos le rodeaban, mirándole con gran atención y curiosidad.

—¿Conque vamos a tener un nuevo Adán?—preguntaban unos diablillos muy envidiosos.

—Y también una Eva, si a mano viene.

Todos los diablos se frotaron las manos de satisfacción y comenzaron a darse mordiscos en las narices, cosa muy corriente entre ellos.

Satanás empezó su trabajo con gran entusiasmo, y bajo sus uñas iba apareciendo la cabeza de la estatua; pero como el demonio no entiende de escultura, en vez de una cabeza humana apareció la de un macho cabrío.

Los diablillos no se atrevieron a hacerle ninguna observación, por temor a una coz de Satanás; pero un diablazo de los más empingorotados se permitió advertir a aquél que su obra le estaba saliendo medianaja, por no decirle que muy mala.

—¿Cómo medianaja, si esto es lo mejor que se ha hecho desde la invención de los muñecos hasta el día? Decididamente, eres el majadero más grande que hay en el infierno. Y para que en lo sucesivo distingas mejor, toma este pequeño recuerdo.

Y volviéndose rápidamente, le dió tan formidable puntapié que el pobre diablo salió dando aullidos como perro con mazo, y si no ha callado, todavía debe de estar gritando.

Ante aquel escarmiento ninguno se atrevió a criticar la obra de Satanás, y todo se les volvía aplaudir las atrocidades de su jefe, que no eran pocas.





Por fin, terminada la estatua, el diablo le hizo vivir; y apenas abrió el macho cabrío los ojos y comenzó a andar, se lanzó sobre el diablo, y del primer topetazo le clavó en el techo. Al ver aquello los diablos chicos y grandes, echaron a correr o se encaramaron en las paredes, a fin de librarse de los topetazos del animal.

—Apretad el paso—gritaban—, que éste es demasiado bravo y topa de firme.

No faltó alguno que, empuñando un pedazo de tela a guisa de capa, comenzara a torear a aquel endiablado bicho; pero éste se iba al bulto y no admitía quiebros ni regates, por lo cual medio deslomó a quince o veinte toreros improvisados que se permitieron lucir sus aptitudes.

Cuando a Satanás se le pasó el dolor del topetazo, se rascó la parte dolorida, y bajando del techo, donde estaba clavado por los cuernos, se acercó con algunas precauciones al macho cabrío, y sin darle siquiera tiempo a embestir, le cogió súbitamente por los cuernos y le retorció el pescuezo como a una gallina.

—Decididamente—exclamó el diablo—, no he tenido suerte en mi primera obra; pero confío en que a la segunda vez me saldrá bien.

Comenzó de nuevo el trabajo; pero completamente solo, porque ningún diablejo se arriesgaba a sufrir un nuevo testarazo.

En esto se hallaba, cuando el portero del infierno entró con un paquete certificado que el cartero de aquellas regiones le acababa de entregar.

Abrió Satanás con impaciencia la caja que el paquete contenía, encontrando en ella una lindísima muñeca, de esas que dicen papá y mamá, y que, al mismo tiempo, abren y cierran los ojos.

—Este es mi negocio—dijo el diablo al ver aquella obra maestra—; voy a hacerla vivir, y asunto concluido.

Apenas la hubo tocado el diablo, comenzó la muñeca a saltar



y brincar, dándose mucho tono con su traje de raso y su pelo de estopa, gritando continuamente papá y mamá.

—Ven acá, diabla mía—decía Satanás.

Y la muñeca respondía:

—¡Pa-pá, ma-mál

—Bueno, ya sé que soy tu papá; pero di otra cosa; no repitas lo mismo.

La muñeca volvió nuevamente a contestar:

—¡Pa-pá, ma-mál

—Si vuelves a marearme, te rompo la cabeza de un puñetazo. ¿Qué quieres comer?

Y la muñeca respondió:

—¡Pa-pá, ma-mál

—¿Conque quieres comerte a tu papá y a tu mamá, so mocosuela? Pues toma, de parte de papá y de mamá.

Y al decir esto le dió un soberbio puñetazo en la cabeza,

Rompióse la muñeca en mil pedazos, y saltaron las piezas de la máquina que tenía dentro y que seguía gritando, a modo de burla, papá y mamá, y abriendo y cerrando los ojos.



Enfurecióse el diablo y levantó el puño airado contra el Cielo, y un rayo de luz, cayendo del cenit, fué a estrellarse contra su altiva frente, en la cual brilló un momento el estigma tremendo de la maldición divina.

Un temblor horrendo le acometió de pronto, y su torvo semblante se descompuso; intentó resistir, pero no pudo; y tapándose la cara con las alas quiso sustraerse a aquella luz divina, que era el reflejo de la eterna justicia.

Una voz resonó en la altura, llegando hasta el infierno con el ruido de cien truenos, que decía:

—En vano intentes imitar a tu Dios y Señor; sufre la pena de tu orgullo, porque las malas obras del infierno no han de prevalecer jamás.

Desde entonces el diablo no ha vuelto a remedar las obras divinas, y cuando le hablan de lo pasado se le estremecen hasta los cuernos de miedo.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—¿De qué quieres que te hable hoy, curioso Chonón.
—De un tema del que ya me has hablado, mi querido buho; pero no dejaste satisfecha del todo mi curiosidad. Me atrae tan extraordinariamente todo cuanto se relaciona con las ballenas que no me cansaría oírte hablar de estos colosales del mar.

—Pues pide por esa boca que ya sabes que yo estoy siempre pendiente de tu curiosidad.

—Háblame de su pesca y de su aprovechamiento que, sin duda, debe de ser cosa muy interesante.

—Y productiva. Tanto, que hay constituidas poderosas sociedades de pesca, con sus zonas acotadas, sus estaciones de aprovisionamiento, su perfecto material fijo y móvil y su personal técnico y especializado en esta industria. Actualmente, para la pesca de las ballenas y cachalotes se emplean vapores especialmente contruidos para este fin, con excelentes condiciones de resistencia y de navegación, rápidos en su marcha y con un desplazamiento de quinientas a seiscientas toneladas.

—Poco tonelaje me parece para poder soportar el peso de los enormes cetáceos.

—Estos barcos se destinan solamente a la persecución y caza de la ballena, pero no a su transporte. Son lo que se llama los barcos cazadores, sobre cuya proa hay instalado un cañón lanza arpones.

Los barcos cazadores arrancan de una estación pesquera y se despliegan en forma de abanico a la busca y captura de las ballenas. Tan pronto uno de ellos descubre alguna toca su silbato para que los demás vapores pesqueros que le oigan acudan para contribuir al mayor éxito de la pesca.

La ballenas ya sabes que no pueden permanecer mucho tiempo bajo el agua y necesitan salir a la superficie para respirar.

—Este es el momento en que se les ve arrojar ese chorro de vapor de agua que semeja un surtidor ¿no es eso?

—Exactamente. Y este es el momento también de afinar la puntería y disparar el cañonazo que lanza el arpón.

—¿Y entonces la ballena, al sentirse herida, no huye?

—Si el arpón ha sido bien dirigido, lo primero que hace el animal es revolverse, agitarse con tal violencia que es un verdadero peligro estar en sus cercanías. El instinto de conservación del animal lo impulsa a desclavarse del cuerpo aquella lanza que tanto dolor le produce. Al propio tiempo, estas convulsiones son perjudiciales a su vida porque con tan bruscos movimientos la herida se abre más, se desangra y hace perder más pronto las fuerzas al animal.

Los barcos cazadores no pierden de vista a su presa, observan sus movimientos, arrían cable, (el cable que va unido al arpón) cuando el animal se aleja, maniobran, viran, hacen en fin cuantos movimientos son necesarios para mantenerse a prudente distancia de la ballena herida, y cuando ésta, ya debilitada, falta de fuerzas, se abandona sobre las aguas, los barcos cazadores se van aproximando, le lanzan otros arpones para pulsar el estado de la ballena y si se comprueba que el animal ya no resiste, se aproximan más, lo cercan y con unos fuertes cables lo sujetan para impedir que una vez muerto pueda irse a fondo.

Cuando la ballena no da señales de vida se la ata por la cola y por medio de potentes grúas se eleva sobre la cubierta de otro buque de mayor tonelaje (de unas doce mil toneladas) que forma parte de estas expediciones pesqueras. Este buque es una verdadera fábrica pues lleva instaladas maquinarias y cuantos elementos hacen falta para despedazar las víctimas, fundir las grasas y aprovechar los muchos productos útiles que se obtienen de cada ejemplar pescado.

Sin embargo, para no desperdiciar absolutamente nada existen en tierra firme otras fábricas donde acaba de hacerse una perfecta depuración de los residuos.

La carne se pulveriza y mezclada con otras sustancias se conserva en barriles, constituyendo un alimento excelente. Las grasas se aprovechan para multitud de usos; así mismo la piel, las barbas, los huesos, la estearina, el ámbar gris y todo, todo, en fin, cuanto constituye el cuerpo de la ballena.



CORRESPONDENCIA



Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas) por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que recibáis la Revista sin retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.

SIMÓN ARCHILLA.—¿Por qué no ha de poder publicarse tu dibujo? ¿Qué se opone a ello? Se trata de un animalito simpatiquísimo y, además, admirablemente dibujado. Creo que con esto está dicho todo. Tuyo incondicional.

JOSÉ JOAQUÍN WALTHON.—No te aconsejo que me envíes dibujos en color porque nos exponemos a que salgan emborronados en las páginas de mi revista. Para dentro de poco tengo un proyecto ¡un gran proyecto! en el que podrás lucir tus excelentes facultades. Los que me has enviado están muy requetebien hechos y se publicarán en cuanto les llegue su turno. Tuyo siempre.

ILDEFONSO MELA.—Tus admirables dibujos están ya en turno. El papel de escribir por el que me preguntas está agotado totalmente en este momento. Mándame más cosas porque dibujas estupendamente bien. Abrazos.

CARMEN y TOMÁS BERDUGO.—De nada teneis que darme las gracias porque la publicación de vuestros lindos trabajos es un acto de estricta justicia. De todas formas os agradezco mucho vuestra atención. Mandad a vuestro gran amigo.

VICTORIANO y LUCAS PARDO.—Sin la menor exageración podeis creerme que vuestros dibujos me han dejado sorprendido. Sin desmerecer el «Indio», me ha cautivado el «Rollo castellano». Son perfectísimas obras maestras que me enorgullecerá publicar. Apretados abrazos de vuestro gran amigo.

JOSÉ SÁNCHEZ.—Querido Pepito: Yo no puedo comprometerme a estar al tanto de la publicación de tu dibujo, lindo por cierto, pues en mi cabeza de madera no caben ya más cosas de las que tengo. Pero tú, que no estarás tan agobiado como yo, puedes estar de observador y, tan pronto veas tu trabajo en mi revista, me escribes, recordándome lo que quieres, te sirvo y en paz. ¿No te parece? Tuyo incondicional.

RICARDO DE ZABALA.—Tu precioso dibujo en el que tan admirablemente has interpretado a Chufita y Pericuelo, los dos nuevos héroes de mi repertorio está ya en turno para publicarse. Tuyo.

JULIO PARADAS.—No puede ser reproducir para mi revista dibujos hechos con lápiz. Me causa gran disgusto decirte, pero no tengo más remedio. Abrazos.

Pinocho

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE ABRIL

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Isabel II
T. Díaz de Brito



Albañiles.—José J. Díaz



Una carretera
Juanillo de la Serna



Mi amiga
Un desconocido



Choza de Pinocho
Manuel Fernández



Una rosa
Gabriel Rubio



Una aldea.—Julián Moreno



Tigre.—Paco Pino



Noche de Navidad
Aurorita Carrasco



Castillo
R. A. González



Peres.—Manuel Gustavo Eada



Un pato.—Lolita Zalve



Una verónica.—Vicente Zalve



Marina.—Marcelino Rubio



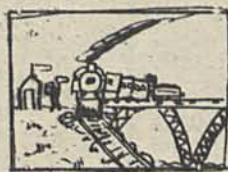
Un mosquetero
I. de la Serna



Un ramo
P. Garcimartín



Una máquina
Laura Ruiz Cobo



El correo.—F. Oliveras



Retrato
Rafael García



Xaudaró
Luis Pino



Bella joven
Margarita G.



Linda muchacha
E. S. C.



Mi caballo
Vicente Zalve



Cabeza de un burro
Isidro Martín



Puerta de San Cebrián
Cecilio Callejo



Boxeador
L. Martínez



Carmen
P. Yarza



Piel Roja.—A. Vélez



Retrato
E. García

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE ABRIL

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

EL DIBUJANTE



Este loro se ha metido a dibujante y rápidamente ha trazado sobre el encerado una serie de dibujos de todas clases y condiciones.

Pero lo que no sabéis, pinochistas insignes, es que escondidos entre todo ese laberinto de líneas hay un pez, un elefante, un cerdo, una foca y un chivo.

Por eso está tan preocupado ese perro que tan atentamente mira el dibujo.

¿Sabéis vosotros dónde están los susodichos animalitos?

Aquí tenéis dibujada una rama de árbol, una rama misteriosa.

—Pero ¿qué pasa en la rama?—diréis vosotros.

Un lápiz os dará la solución del misterio.

Un lápiz con punta.

Unid los números que hay sobre la rama, con líneas, empezando en el número 1 y siguiendo el orden correspondiente y sabréis inmediatamente lo que pasa en la misteriosa rama del árbol.

Y una vez que hayáis averiguado el misterio no se lo digáis a nadie.

Guardadlo en el fondo de vuestro pecho.

¡Adiós! ¡Hasta el próximo domingo!

LA RAMA



SOLUCIONES DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE NOVIEMBRE

LOS CUATRO PECES



LAS ARDILLAS



LOS CUATRO PATOS Y EL NIÑO



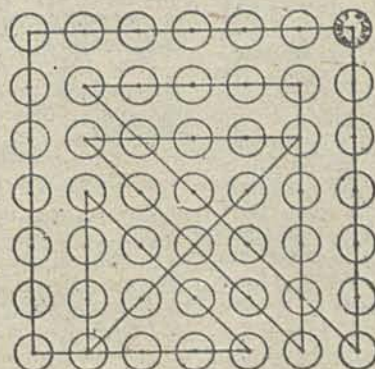
LOS TRES OSOS



EL CUADRADO



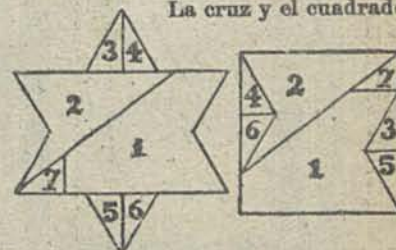
El pasatiempo inglés



Los nueve números

8	1	6
3	5	7
4	9	2

La cruz y el cuadrado



SECCIÓN PIRULA

PIRULA MUEBLISTA



Transformación de un armario de luna

Este armario de luna que mamá le ofrece a Purita para colocarlo en su cuarto, ha debido de ser magnífico... hace quince años, cuando mamá lo tenía en su cuarto de soltera. Pero Purita que está muy al tanto de la moda, le encuentra anticuado.

Claro que es tentadora la perspectiva de disponer para ella solita, de una hermosa luna, en la cual, combinando su colocación con la del espejo que tiene colgado de la pared, podría verse, no solamente de cuerpo entero, sino de perfil y de espalda a voluntad.

Tampoco son de despreciar las tres tablas, el cajón grande y los dos cajoncitos del armario.

Pero por otra parte, afeitar su cuartito risueño y moderno, con ese viejo armatoste le hace poca gracia.

Hay un medio de conciliarlo todo: la comodidad y la coquetería de Purita, con la belleza de su cuarto.

Y este medio consiste en hacer de un mueble anticuado y antiestético, dos, que sean nuevos y graciosos.

Se separa la puerta del armario; la luna de esta puerta, colocada por un carpintero entre dos soportes especiales, constituirá un espejo independiente y movable.

En cuanto al cuerpo del armario, se pinta por fuera con pintura esmalte en un color claro y alegre que armonice con el color de los demás muebles que será, como si lo viera, rojo o blanco, azul o verde, amarillo, lila o naranja.

Y por dentro, se forra con una tela que haga juego, naturalmente, con la de las butacas y las cortinas, las pantallas y los almohadones.

Con lo cual, el antiguo armario queda convertido en una novísima biblioteca, sumamente práctica para que Purita coloque su colección de libros sobre las tablas y además guarde en el cajón y los cajoncitos, cuantas chucherías se le antojen.

Del saquito de Pirula. — Tapones de cristal o de corcho

Esa botella de riquísimo vino que Marita ha estado tomando para fortalecerse está ya vacía, y Marita está llena... de salud y de fuerza.

Ahora, mamá quiere utilizar la botella para guardar en ella vino corriente, o aceite o vinagre.

Ese frasco de dulce jarabe que Carmita saboreó para curarse la tosecilla que le dejó como recuerdo la Señora

Grippe, no está vacío, pero bien poco tiene. Y como la tos de Carmita se curó antes de que se acabase el jarabe, mamá que es enemiga de potingues que «ensucian inútilmente el estómago» guardó el frasco en su botiquín, porque a no hacerlo así, bien sabe ella que la golosa Carmita se hubiera tomado hasta la última gota. Ahora, mamá quiere utilizar el frasco para enviar a la droguería por amoníaco que la sirve, mezclado con agua tibia, para quitar las manchas de las prendas de lana. El corcho de la botella vacía se ha hundido y no hay medio de sacarlo. En cuanto al frasco, el tapón que es de cristal se ha adherido de tal modo que tampoco se le puede sacar.

El corcho se saca con un bramante en uno de cuyos extremos se hace un nudo corredizo; este nudo se introduce en la botella hasta el fondo; luego, se vuelca la botella boca abajo; el corcho caerá hasta el cuello; se tira del bramante y el nudo corredizo arrastra el corcho afuera.

Para el tapón de cristal, os indicaré tres medios: El primero que es el más sencillo, requiere la colaboración de dos personas; una sujeta el frasco, mientras que la otra frota el cuello del frasco, por fuera, con un bramante que sujeta por sus dos extremos. Al cabo de un momento de este ejercicio es posible que se pueda sacar fácilmente el tapón. El segundo procedimiento consiste en presentar el frasco, dándole vueltas, a la llama azul del gas o de una lámpara de alcohol. Esto no se lo aconsejo a mis Pirulindas. El tercero consiste en abrir una puerta y en colocar la cabeza del frasco entre las jambas; luego se cierra la puerta con cuidado hasta que el tapón esté sujeto y se da ligeramente vuelta al frasco.

Otros dos procedimientos consisten en dejar un momento la parte superior del frasco en agua caliente; o en dar en el extremo del frasco, golpecitos regulares con el mango de un cuchillo,

